

Y es natural. No vayas á creer que quiera decir con esto que estoy contento de lo que me pasa, nada menos que ello; pero al fin y á la postre, ¿qué podemos esperar de este mundo en el cual sólo estamos de paso? Nada, y como tengamos en él quién de veras nos estime es cuanto podemos desear. Yo he vuelto de la guerra como ves. ¿Qué importa? ¿Me querrán menos por ello, mi padre, mi madre y alguien más que yo me sé?

Y miró en derredor, y sus padres, juntando las manos, dijeron:

—¡Oh, Carlos!

En cuanto á la muchacha, le dirigió una mirada profunda que encerraba todo un poema de ternura.

—¡Qué han de querer! Más que antes si cabe, —continuó animándosele por momentos la voz y el semblante.— Y todos los que me conocen me quieren también más que antes desde que he experimentado esa desgracia. Si te hubieses encontrado en el hospital conmigo, habrías visto cosas tales, que apenas pueden creerse, amigo mío. Hacía unos veinte días que en él me hallaba, cuando pasó por la ciudad mi regimiento: todos los oficiales de mi compañía fueron á verme, y con ellos otros, ¿comprendes? Y estuvieron mucho tiempo en derredor de mi lecho; más de media hora, y mi capitán me miraba y se le saltaban las lágrimas, y un oficial muy joven, sin pelo de barba, lloraba también. Créeme, he visto con mis propios ojos deslizarse las lágrimas por las mejillas. Y otro oficial (yo estaba calenturiento) posó su mano sobre mi frente, y otro que estaba cerca de él, le dijo: —Quita la mano, que le incomodas. —Y me recomendaron muy eficazmente al médico y á los enfermeros, y me dijeron que hiciera escribir á mi familia; pero sin decir lo que me había acaecido, á fin de evitarle un sufrimiento inútil. Y todos, del primero al último, antes de retirarse me estrecharon la mano, y el más joven, que era el que mandaba la mitad á

que yo pertenecía, aprovechando un momento en que los demás no miraban, me dió un beso en la frente, y cuando estaba ya junto á la puerta, me saludó con la mano. ¿Has comprendido? Y otro día fué allá un general viejo, muy viejo, con todo el pecho cubierto de cruces y medallas, y muchos oficiales detrás, y se acercó á mi cama con el morrión en la mano, y todos los demás estaban también descubiertos. Y él, el general, me preguntó cómo me sentía, y dónde había sido herido, y de qué manera, y en cuanto se lo hube contado, aún me parece que le estoy viendo, levantó los ojos al cielo, apretó los labios, exhaló un suspiro, y dijo: —¡Ánimo, hijo mío! —Y después me estrechó la mano, ¿comprendes? el que era todo un general. Su mano era flaca, flaca, ¡estaba tan viejo!... Y créeme, yo le habría besado la mano, tuve impulsos de hacerlo; pero me contuvo el respeto: me parecía que era mi mismo padre. ¡Ah! es menester haberse encontrado en una situación semejante para comprender lo que se siente. Se olvidan todas las penas y desgracias, créeme, se olvidan. Y después, y á más de que... tú verás, no es lo mismo conocerlo de oídas que haberse hallado, que encontrarse allí, en medio de aquel mar de bayonetas, los superiores delante, á caballo, con el sable desenvainado, y las banderas, y la música, y las voces de mando: el corazón se inflama y la cabeza se pierde, y ya tienes una bala en el cuerpo y aún estás gritando: «¡Á ellos!...»

En aquel instante oyóse en el camino una armonía confusa y alegre de cantos y de sonos de gaitas y dulzainas.

—Son mis compañeros que marchan, —exclamó el recluta incorporándose con verdadera alegría.

El mutilado, animado el semblante, incorporóse á su vez, y sostenido por la madre y la novia, se hizo conducir junto á la puerta, desde la cual contempló á los quintos que marchaban y les saludó, diciendo:

— ¡Buen viaje, muchachos, buen viaje!

Ellos se volvieron hacia él, se apercibieron de su pierna cortada, adivinaron lo que había sucedido, y correspondieron á su saludo gritando á una:

—¡Vivan los valientes!

Y él lo agradecía, agitando las manos y moviendo la cabeza, pues la conmoción le dominaba, y no acertaba á pronunciar palabra.

—¡Vivan los valientes! — repitieron aquéllos al par que se alejaban.

El mutilado saludó por última vez con las manos y la cabeza, y después, pasando un brazo en derredor del cuello de la jovencuela que le sostenía por la izquierda, volvióse á su madre, que estaba en el lado opuesto, y con voz dulce y afectuosa, exclamó:

—¿Queréis creerlo, madre de mi alma?... ¡Me siento feliz!

Y dejó caer la cabeza sobre su seno.

Los ojos de los circunstantes se llenaron de lágrimas. La música se extinguía paulatinamente alejándose á lo largo del camino.

## EL EJÉRCITO ITALIANO

DURANTE EL CÓLERA DEL AÑO 1867

CADA vez que pienso en lo que ha hecho y ha sufrido por la patria el ejército italiano durante el cólera del año 1867, y recuerdo con tal motivo el intenso sentimiento de admiración y gratitud que despertaba en aquellos días en mi corazón la noticia de cada nuevo acto de caridad y de valor cívico que á mis oídos llegaba, me asalta la presunción de que la mayor parte de aquellas heroicas acciones hayan caído ya en olvido; que muchas hayan pasado inadvertidas; que todas, ó las más de ellas, se hayan referido con demasiada vaguedad, para ser exactamente conocidas y debidamente apreciadas. Tal vez, en el concepto del pueblo, — como acontece después de una victoria, respecto de la cual, con el nombre del jefe vencedor se ensalzan las glorias y los altos hechos de cien mil soldados, — el recuerdo de los hermosos actos individuales se haya confundido en un solo pensamiento: «el ejército ha hecho esto ó aquello.» Y me afirmo en esta opinión, cuando considero que el país, que siendo mero espectador en lo que á los asuntos de la guerra se refiere, puede y suele notar no pocas cosas, habiendo sido actor y víctima á un tiempo en el terrible drama de que se trata, fijara poco la